

París! Es preciso que el rey y la reina vayan á París!

—Y que nunca vuelvan de allá! gritó María Antonieta rompiendo en llanto.

—Dí, Lafayette, habla! le dijo el rey. ¿Qué piensas tú?

—Sire, repito que solo hay un medio de restablecer la paz y quietud del pueblo, y ese es, poniéndose V. M. en camino de París con toda la familia real hoy mismo.

Dos efectos diferentes produjeron estas sencillas y francas palabras en el ánimo de los ministros y demas personas que las oyeron. El rostro de unos se iluminó de júbilo; el de otros se cubrió de palidez mortal; estos suspiraron de desesperación; aquellos lloraron de contento. Todos, en suma, tenían la conciencia de que aquella era la crisis del destino de la familia real, y si unos creían que pararía en desastres, otros esperaban pararía en salvación.

No era la reina de los que abrigaban esta última opinión. Sin embargo, vistó que su marido había tomado al fin una medida decisiva, aunque casi forzado á ello, ahogó sus propios sentimientos y en medio del profundo silencio, dijo:

—Ha hablado el rey, nos cumple pues obedecer como buenos vasallos. Madama de Cam-

pan, prepara nuestra partida para París, teniendo presente que ha de ser larga la estada.

—Ahora bien, Lafayette, le dijo el rey, pues no se movia; ¿por qué no te apresuras á anunciarle al pueblo mi voluntad?

—Sire, contestó Lafayette con aire solemne, hay momentos en que solo la voz de Dios ó de su rey puede apaciguar á un pueblo, y en que la voz humana queda ahogada por el trueno de la tempestad.

—Y ¿crees que este es ese momento? le preguntó el rey.

Lafayette hizo una inclinacion de cabeza y señaló para la ventana, cuyos cristales se estremecian con los gritos de: El rey! Verémos al rey! El irá á París! El rey, el rey!

Escuchó Luis un rato silencioso y pensativo á la gritería de la multitud, gritería llena á un tiempo de majestad y horror, y luego dijo:

—General, voy á seguir tu consejo. Anunciaré yo mismo mi decision al pueblo. Dame la mano, Maria, sa'gamos al balcon. Y vosotros, caballeros, seguidme.

Sin decir palabra la reina dió una mano á su marido y otra al delfin, que se le adhería con timidez al paso que su hija Teresa tranquila y reposada la seguía por detras.

LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO XIV.

A PARIS.

CALLADOS y á paso largo los soberanos seguidos de los ministros y corteanos, atravesaron los dos cuartos inmediatos y pasaron al balcon sobre el pórtico del palacio, que situado en el centro del pórtico principal, dominaba completamente el patio y la plaza mas allá.

A una señal del rey, su paje Hue se adelantó y abrió de par en par las puertas, y aquel, separándose de María Antonieta con una sonrisa, salió al balcon. En el instante y como si la mano de Dios se hubiera extendido sobre aquel rugiente mar, cesó el bramido, trocándose á poco en vivas entusiastas.

Luis, pálido por la emocion y con los ojos húmedos de las lágrimas, se encorvó sobre la baranda, y, en señal de que iba á hablar, alzó ambas manos. La entendieron al punto, porque cesaron los vivas, reinó comparativo silencio y por encima del mar de cabezas, cuyos ojos se fijaban en su rostro, resonó la voz campanuda y potente del rey:

—Voy á dar á mi querido pueblo la prueba de que sin razon se recela de mi corazón paternal. Hoy mismo me trasladaré á París con la reina y mis hijos y residiré en ella. Volved á la capital, hijos míos, que dentro de breves horas os seguré allá.

Dicho esto, mientras el pueblo en su entusiasmo daba nuevos vivas y arrojaba al aire cachuchas, pañuelos y gorras, Luis se retiró del balcon á la sala.

Pero entónces la multitud prorumpió en un nuevo grito. Ya habia visto al rey, ahora queria ver á la reina. Esta era la cantinela de siempre. Queremos la reina, decian en un extremo de la plaza, y resonaba en el otro, como

una ola que se propaga, la reina, que salga la reina!

Esta tomó en cada mano uno de sus dos hijos, y dió algunos pasos hácia la puerta del balcon.

—No vayas, María, le dijo el rey con labios tembloros y aspecto turbado, deteniéndola. No, no. La vista no mas de esa masa hirviendo á los piés, es bastante á trastornar los sentidos. No vayas, María.

Pero el grito se habia convertido en un huracan, segun como hacia estremecer las puertas y ventanas del palacio.

—¿Oyes, Luis? dijo María Antonieta. Me parece que hay tanto peligro en verlo como en no ver el espectáculo. Déjame, pues, hacer lo que tú has hecho. Vamos, hijos míos.

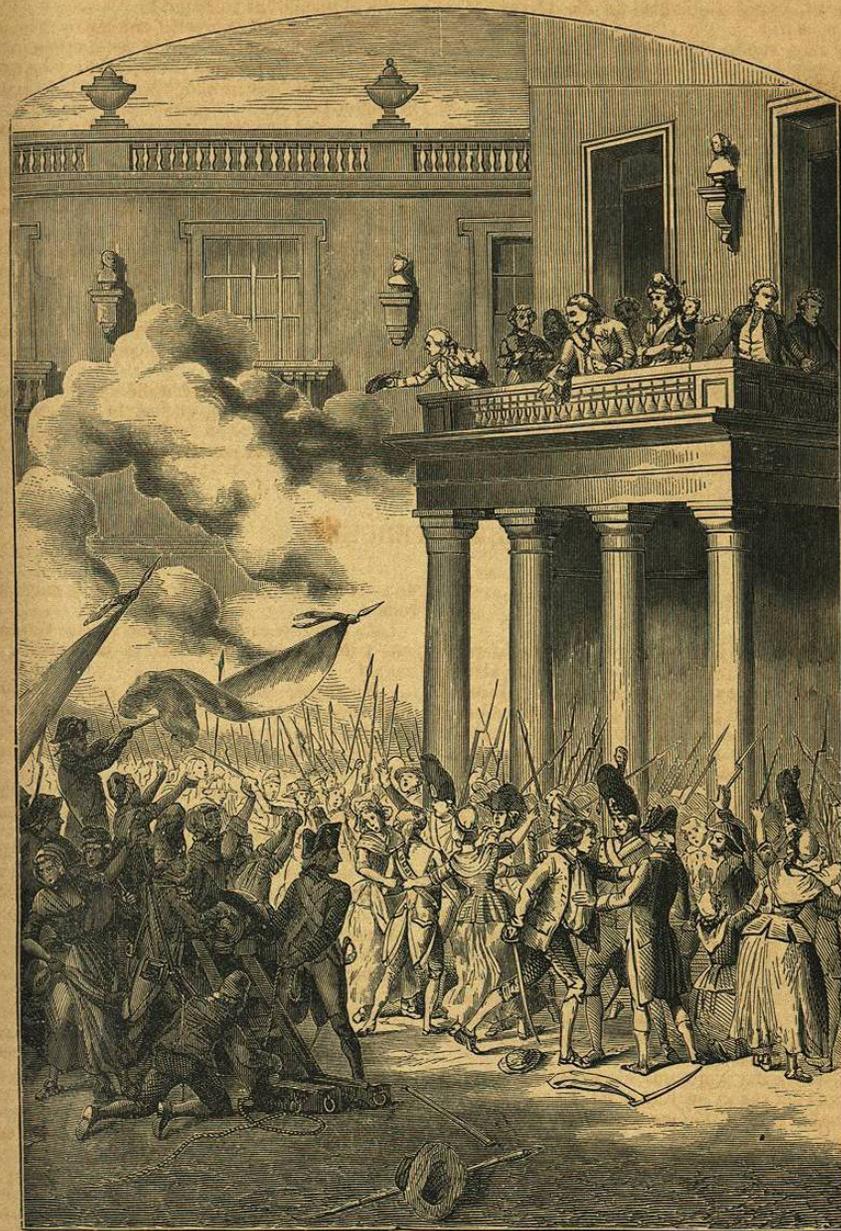
Y marchando entre los dos, la reina salió al balcon con paso firme y cabeza erguida. Detras los siguió de cerca el rey, como un centinela encargado de proteger su vida.

Pero no produjo el efecto que tal vez se prometió, la presencia de la familia real. Léjos de prorumpir en gritos de júbilo, la voz general fué: No queremos chiquillos: que salga la reina sola: fuera los muchachos.

En vano se adelantó Luis y trató de interponer silencio para hablar. El eco de su voz se perdió en la gritería atronadora del populacho, que á tiempo que chillaba á mas y mejor, accionaba con los puños apretados, blandía armas y hacia gestos atroces, con los cuales asustaron tanto al delfin que no pudo contener las lágrimas.

Se retiró la familia real, y como el pueblo estuviese resuelto á hacerse obedecer, y clamase con mas fuerza la salida de la reina sola, dijo ella con resolucion:

—Sea así; y sin ser nadie poderoso á conte



EL REY PROMETIENDO VOLVER Á PARIS.

erla, pues hasta rechazó al rey que quiso cortarle el paso, salió al balcón. Si, sola, sin mas acompañamiento ni protección que la mirada firme y el sereno aspecto del domador de leones cuando entra en la jaula, apareció María Antonieta ante aquellas fieras de la humana especie.

Y el leon apareció subyugado, porque cesó en su espantoso rugir y solo tuvo ojos para mirar sorprendido á la reina, la hija de los Césares, que en pié, tranquila y soberbia, con los brazos cruzados sobre el pecho, miraba á espacio el negro é hirviente abismo á sus piés.

Vencido por aquella serenidad de mujer, el pueblo prorumpió en voces de aplauso y admiración, y ántes de que estas demostraciones se trocasen en otras ménos halagüeñas, con una sonrisa de triunfo en los labios, pasó del balcón la reina á la sala inmediata.

Corrió á ella el delfin con los brazos abiertos y la estrechó por las rodillas.

—Mamá, querida mamá, dijo, quédate aquí, no vuelvas á salir á la vista de esos hombres horribles. Les tengo miedo, me dan miedo.

Tomó en sus brazos María Antonieta al chico y le besó en la frente con sus labios frios y pálidos. No parece sino que la horrible prueba por que acababa de pasar la habia postrado y que debia buscar salida á los ojos un mar de lágrimas encerradas en el corazón. Pero María Antonieta comprendiendo que en aquella hora le tocaba ser reina, ahogó sus sentimientos de mujer.

Con el delfin en los brazos y estrechándole fuertemente contra su pecho, se adelantó al rey, el cual, á fin de que su esposa no viese las lágrimas que corrían por sus mejillas, se habia retirado al cuarto inmediato y apoyado en la hoja de la puerta.

—Sire, le dijo María Antonieta, presentándole el delfin, Sire, te ruego encarecidamente me hagas una promesa en esta hora solemne.

—¿Qué es ello? Qué deseas, María?

—“Sire, prosiguió ella, por todo lo que mas quieras, por el bienestar y salvacion de la Francia, por los tuyos y los de este querido niño, tu sucesor, te ruego me prometas, que si hemos de presenciar jamas otra escena como esta y tienes en tu mano el medio de evitarlo, huyendo aunque sea, no dejes escapar la oportunidad de ponerlo en práctica.”

Conmovido hondamente el rey, así por el aire grave y solemne de la reina, por el tono de voz, como por la expresion de su semblante, volvió la cara hácia otra parte. Quería hablar, mas no podia; el llanto le embargaba la voz; y, como avergonzado de su propia debilidad, separó al delfin y á la reina con las manos, atravesó la sala y desapareció por la puerta del fondo.

Siguióle María Antonieta con la vista, sin poder ocultar el sentimiento que la causaba la conducta extraña de su marido y luego se volvió á la sala inmediata al balcón. Su espíritu experimentó un estremecimiento involuntario y hasta cesó de latir su corazón por un instante, acometido de un negro presentimiento. Recordó que aquella misma cámara en que habia sufrido tanto aquel día, esa misma cámara que repetía el eco de los gritos del populacho que en dicho día habia dictado leyes por la primera vez á una reina, habia sido la cámara en que

murió Luis XIV. Y allí ahora moría la monarquía. Como un cadáver pálido y ensangrentado pasó por su mente el futuro, y con la velocidad del relámpago, que por lo comun acompaña á todos los momentos de agitacion, recordó uno por uno los siniestros y misteriosos avisos que habia recibido desde que tuvo uso de razon hasta aquella hora de su mayor tribulacion. Pensó en el cuadro de la Degollacion de los Inocentes, que adornaba las paredes del cuarto en que el delfin pasó la primera noche en suelo Frances; pensó en la lúgubre profecía que acerca de ella habia hecho el conde de Cagliostro, cuando su viaje á Paris, y en el cadalso que le indicó desde lejos. Pensó asimismo en el huracan que habia hecho estremecer la tierra y desarraigado árboles, la primera noche que pasó el delfin en Versailles. Pensó igualmente en la multitud de desgracias que habian ocurrido al día siguiente en Paris, con los fuegos de artificio. Recapitó en las palabras que se le escaparon al rey, cuando en el acto de la coronacion al colocar en su cabeza la corona el nuncio del papa; dijo:—“Me lastima.” Y creia ella encontrar nuevo y mas poderoso motivo de alarma en la circunstancia, de que la escena de horror por que habia pasado, ocurriese precisamente en la cámara donde habia muerto aquel rey á quien debia la Francia su gloria y su grandeza.

—Estamos perdidos, perdidos sin remedio, repetía ella entre sí. Ya no hay salvacion. Hé ahí el cadalso!

En silencio, aunque con una ligera inclinacion de cabeza, se despidió la reina de los circunstantes y se retiró á sus aposentos, los cuales protegían los soldados de Lafayette y ya no daban indicio de la escena horrorosa representada en ellos algunas horas ántes.

Unas pocas despues dispararon dos cañonazos en la gran plaza frente al palacio. Ellos anunciaban á la ciudad de Versailles, que en en aquel instante los reyes, en compañía de sus hijos y servidumbre, abandonaban la soberbia morada de sus mayores, para no volver á ella jamas.

Desde la elevada torre de la iglesia de San Luis, en que se habia celebrado recientemente la apertura de los Estados Generales, la argentina campana del reloj daba la una del día, hora en que salió por el porton de hierro el carruaje en que iba la familia real. Tras este siguieron muchos otros de ménos lujo, en que tomaron asiento los miembros de la Asamblea Nacional, porque tan luego como se anunció la traslacion del rey á Paris, determinó ese angustioso cuerpo acompañarle y trasladar allí el lugar de sus sesiones. Esta resolucion se la comunicó al rey en tiempo una diputacion de su seno, diputacion que él recibió cordialmente y á quien dió las gracias.

Efecto diametralmente contrario produjo en María Antonieta la nueva de que la Asamblea Nacional habia resuelto cambiar el sitio de sus sesiones y que debían acompañarlos á Paris sus revoltosos miembros.

—Esta es la prueba de que los señores del estado llano se han salido con la suya, exclamó ella encendida en cólera. Veo claro ahora que ellos han sido los autores del motin, con el objeto de darle un pretexto á la Asamblea Na-

monal para trasladar á París el sitio de sus sesiones. Hé ahí el término á que aspiraban. Pero no me digan que la revolución acaba aquí. Por el contrario, ahora es cuando le nacerán nuevas cabezas á la hidra, que nos ha de hacer pedazos. Pero está bien. Antes que humillarme es preferido que me hagan trizas.

En esta disposición de ánimo, con aire mas altanero que nunca, María Antonieta entró en el coche que debía conducir la familia real á París. Entre ella y el rey iba el delfín, y en los asientos fronterizos su hija María Teresa, la princesa Isabel, y madama de Tourzel, nueva aya de los infantes.

Inmediato al coche real, marchaba en interminable procesion, una brigada de artillería; en seguida el populacho, ebrio de vino, y fatigado con la noche pasada al cielo raso en la plaza; tras esa masa informe y horrible iban doscientos guardias de corps sin armas, sombreros ni fornitura, cada uno escoltado por dos granaderos y á retaguardia algunos soldados de los Suizos y del regimiento de Flandes. Cerraba la marcha una seccion de artillería con cañones cargados.

Pero si la retaguardia de aquella estrambótica procesion era desordenada y espantable, no ménos salvaje y ruda lucía la vanguardia. Se componia de los hombres y mujeres mas atrevidos y descarados del populacho de París, que se habian adelantado al cortejo real, en la impaciencia de ser los primeros á anunciar á sus camaradas de la ciudad, el resultado feliz de la revolucion de Versailles y la humillacion del rey. En señal de la sangrienta victoria obtenida la noche precedente, llevaban enclavadas en picas, aun goteando sangre, las cabezas de Varicourt y Deshutes, fieles y valientes oficiales de la guardia Suiza, que habian caido pestando en defensa de sus soberanos. Entre aquella turba fanática y salvaje, donde tantas figuras raras representaban papel eminente, se distinguía un hombre de formas gigantescas, la barba negra y larga, los brazos desnudos y manchados de pecas, que iba y venia por medio de la procesion, blandiendo un jifero tinto en sangre. Este era Jourdan, á quien, por su destreza y agilidad en cercenar las cabezas de los guardias Suizos asesinados, dieron en llamar Cortacabezas, nombre que supo mantener durante toda la revolucion.*

Esta vanguardia feroz, habiéndose adelantado hasta Sevres, hizo alto, no para descansar ni esperar el cuerpo y retaguardia de la procesion, que por varias razones marchaba despacio, sino para hacer enrizar el cabello de las dos cabezas, á fin de que, segun dijo Jourdan con atroz carcajada, hiciesen su entrada en la hermosa París como personas decentes.

Mientras esto pasaba delante, detras y en torno del coche real, dentro reinaba un silencio profundo. El rey habia recostado la cabeza en un rincon y cerrado los ojos para no ver las horribles figuras que de cuando en cuando pasaban por delante de las portezuelas, miraban hacia dentro con viva curiosidad, ó se reian y hacian muecas.

Por el contrario la reina, nunca manifestó mas orgullo y soberbia. Firme é impávida, sin pestañear siquiera, sin que un suspiro re-

* Jourdan hasta aquella época habia servido de modelo en la Real Academia de Pintura y Escultura.

velase el tormento de su espíritu, seguía con la vista todas las escenas del melancólico viaje.

—Mejor morir cien veces, decía ella entre sí, que dar á esta canalla el gusto de verme padecer. Mejor caer de cansancio que quejarme.

Pero aunque sus labios no pronunciaban una palabra de queja, ni su pecho exhalaba un suspiro, cuando despues de cuatro horas de aquella triste marcha, el delfín con semblante afligido le pidió pan, porque tenia hambre, desapareció la expresion orgullosa de sus facciones y dos gruesas gotas de lágrimas descendieron rodando por sus pálidas mejillas.

Al cabo, tras ocho horas de tedioso y continuo andar la extraña procesion llegó á París. No habia una ventana cerrada ni vacía en las calles por las cuales pasó, ni acababa de sorprenderse la gente de la clase media y moderada, al ver aquel espectáculo, hasta allí desconocido,—los reyes de Francia traídos por fuerza á la capital por la plebe de la ciudad. Aquellos que hasta allí no habian creído en la revolucion y que antes esperaban volviesen las cosas á su estado antiguo y normal, se quedaron mudos de espanto.

El cortejo, que bien podia calificarse de fúnebre, pues acababa de morir la monarquía, se aproximó al jardín de las Tullerías despacio y á lo largo del río. Los ociosos que allí pasaban el tiempo, corrieron á la verja, que entonces separaba el parque por la parte del muelle, para ver á sus anchas la lúgubre procesion. Y puede decirse en verdad, que si en el rostro de muchos de estos espectadores estaban pintados el desden y el deseo de los trastornos, en el de no pocos se echaba bien de ver la expresion de los sentimientos opuestos, horror á la revuelta y pena de la humillacion que se hacia experimentar al monarca. Entre esos espectadores se hacian notar dos jóvenes, el uno en traje de simple ciudadano, el otro en el de subteniente de artillería. La cara de este último era pálida, mas animada de rara energía, lo que en combinacion con su noble y Griego perfil y ojos relampagueantes, atraía, fijaba las miradas de todos los que le rodeaban.

Cuando pasó por delante de él el populacho desordenado y rugiente, se volvió para su compañero, y con expresion de fiera indignacion, exclamó:

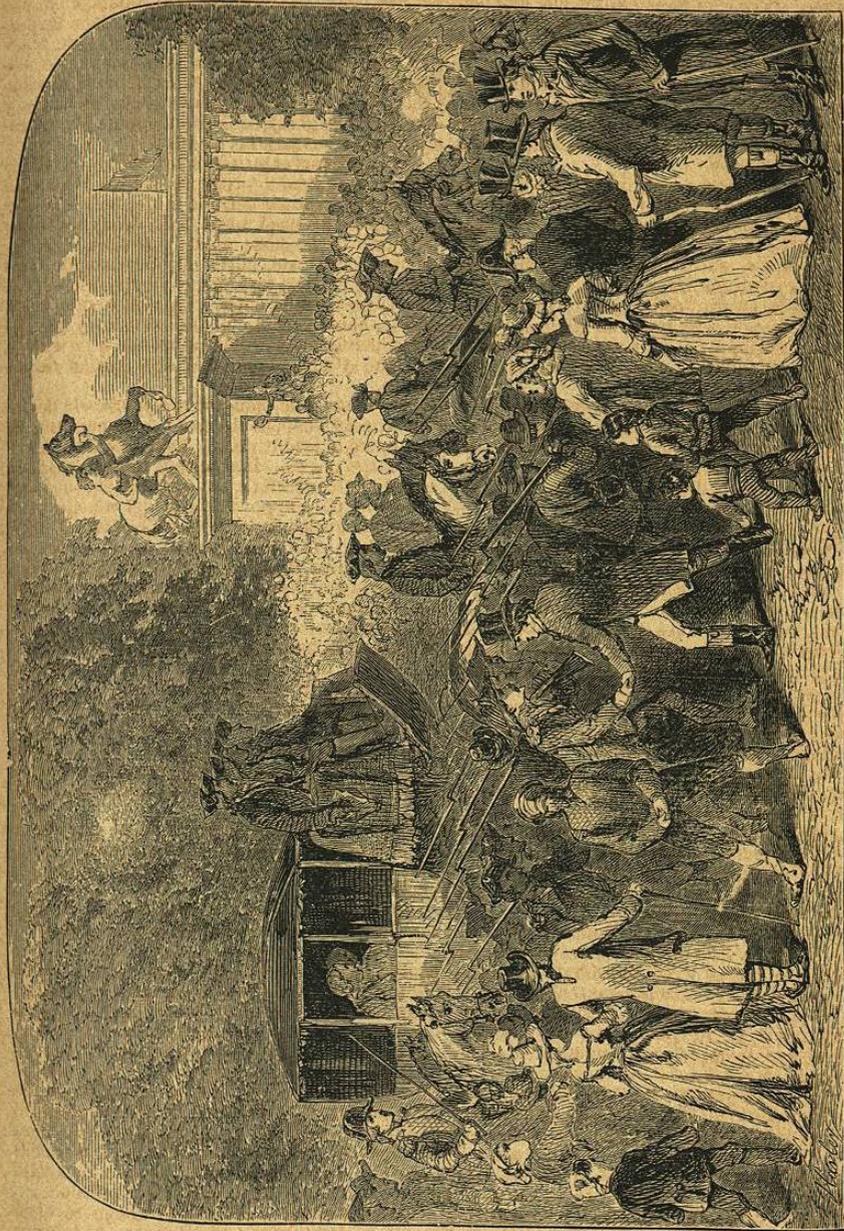
—¡Dios mio! Es posible? Qué, no tiene el rey cañones con que destruir esta canalla?"

—Amigo mio, replicó el otro sonriendo, recuerda los versos del gran Corneille: El pueblo dió al rey su púrpura y se la quita cuando le place. El pordiosero, rey por la gracia del pueblo, devuelve simplemente lo que no es suyo.

—Está bien, añadió el subteniente, pero no todos los reyes son tan necios como el rey de Corneille. Por lo que á mí toca, si recibiese la púrpura por la gracia del pueblo, te aseguro que no me la dejaria quitar mansamente. Pero vámonos de aquí, vámonos lejos, porque te confieso que me llena de ira la vista de la canalla á que has dado el bello nombre de pueblo.

Y cogiendo por el brazo á su amigo se alejó de allí á pasos precipitados, hacia lo interior del jardín de las Tullerías.

Fácilmente comprenderá el lector que este joven subteniente, que veía indignado el paso de la procesion revolucionaria, no era otro que Napoleon Bonaparte, el cual estaba destinado,



VUELTA DEL REY Á PARÍS.